

ADOLFO GOMEZ LASA.

## LA EDUCACION Y LA HISTORIA

La educación no es sólo el instrumento mediante el cual una sociedad conserva los caracteres de su tipo: no es, por consiguiente, un mero aparato externo; tampoco constituye un conjunto de normas de carácter oficial. Educación es vida, y toda vida no puede someterse a reglas rígidas, ni a aquellas que fije un estado con el objeto de preparar al individuo para determinada labor social: con esto se falsifica y avellana la realidad de la educación.

Toda sociedad, por el hecho de ser un organismo humano, en el que los individuos devienen en continua actividad, en incesante dinamismo creador, pretende encontrar y actualizar en forma ascendente, en lo que se refiere al valor de la existencia, los propios fundamentos de su eternidad. Cuando ella logra realizar en la educación tal esfuerzo y tales fines, hace historia y vive valores históricos. Sus exponentes más inmediatos, arte, filosofía y religión, no son ni pueden significar estructuras estáticas ni ornatos superfluos; constituyen, por el contrario, una actividad vital plena de sentido y, asimismo, el prototipo de una afirmación actuante. Ni el uno ni los otros implican creaciones detenidas en una verdad, en una obra o en una intuición mística. La vida necesita y obliga al hombre a una eterna afirmación: todo arte o filosofía o religión, que se detenga en su reali-

dad viviente, humanizada, es decir, hecha dinámica diaria y creciente, caduca y fenece por principio; toda vida individual que en determinado instante de su devenir, se detenga, fallece también inexorablemente: el espíritu humano, punto de conciencia y actualización de los valores, es por sí y para sí un impulso indetenido, que en cada acto de intuición, en cada vivencia y en cada actitud, define su ser y lo afirma por sobre la evanescencia y la no historicidad de la existencia natural o simplemente biológica. Para consagrar esta pretensión, válida sólo en el plano de una metafísica profunda y necesaria, exige y requiere, inevitablemente, una voluntad que confiera al pasado la calidad de un acontecimiento querido, al presente el valor de una afirmación y al porvenir, fruto del presente y galardón de lo humano efímero, que mediante este acto de voluntad creadora, lo toma para sí y lo unge como aguinaldo y fuente, a su vez, de un nuevo afirmar y crear. Sociedad que en su base humana se transforme en un mero satisfacer lo biológico, buscando exterioridades técnicas y utilitaristas, debe caer y, valóricamente, se ha anquilosado en el terreno de lo no histórico. Lo no histórico, con esta significación, involucra la nada y, por consiguiente, su propia y radical negación.

Así, cuando la filosofía y el arte se transmutan, la una en objeto académico, ajena a todo ímpetu vital, a modo de adorno superficial y práctico y el otro empeñado en solucionar el problema de un evolucionismo decadente, incierto y privado del conocimiento de aquello que es clásico por su hondura, por su fuerza y por su valor, el organismo social o histórico, se ha perdido definitivamente. Parafraseando a Federico Nietzsche, podemos enunciar lo siguiente: "Y tal es para mí la educación: todo lo profundo debe subir a mi altura". En otras palabras, el hombre debe subir a la altura del hombre ideal y genérico y no descender al molde de un esquema anatómico y dado. Un pueblo necesita aquello por lo cual había luchado Zaratustra: necesita el vivo plantel de "sus" pensamientos y esa luz matinal de "su más alta esperanza". Está obligado, por lo tanto, si ya ha aprehendido el mundo de los valores, esto es, ha intuído lo cultural o histórico, está obligado a conservar y a superar y a dignificar en la forma más heroica y sublime, su juventud como su único e inalienable órgano de permanente creación: la educación es el fiel y exacto reflejo del más íntimo ideal de los pueblos. Es decir, requiere mantener intactas en su plenitud y en su poder, las energías por las cuales hace suyo un valor y lo vivifica como trágica lucha cotidiana, como ebriedad histórica por lo histórico.

La felicidad no consiste en satisfacer ni gustar necesidades corporales: así los bueyes serían el arquetipo de los felices, sobre todo cuando pastan. Ya, en una época joven y esforzada, Heráclito expresaba tan profundo pensamiento: No vivimos para comer, dormir o procrear; hay un plano de la actividad vital en que lo psíquico se transforma, o mejor dicho, en que lo psíquico penetra totalmente la región del espíritu, inefable segundo en que éste toma su servicio la vida misma. Aquí el hombre se sobrepone a su propia temporalidad, haciéndose eterno en su relación con lo universal. Eternidad ésta que entraña y glorifica la creación con el sello de la única y universalmente válida realidad. El hombre, la sociedad, que logre hacer de su devenir una imperecedera lid con lo efímero, una lid con esa eterna

y presuntuosa agitación del universo que parece ser vida, con esa vanidad inmemorial del tiempo que crea y destruye y recrea, esa ha alcanzado su eternidad. Porque a quien le es dado gozar el inagotable manantial del espíritu, pero que lo gusta con la calidad metálica de un esfuerzo titánico y constante, ese logra la perenne dicha de saberse eterno. Pero la vida no sólo impulsa a conseguir tal fin, sino a conservar, a través de esta intuición activa y genial, a ella misma como única y fundamental afirmación de lo espiritual'

"Todo lo hemos aprendido juntos; juntos hemos aprendido a elevarnos, por encima de nosotros, y a sonreír, sin nubes, hacia abajo, con límpidos ojos, desde remotas lejanías, cuando a nuestros pies se desvanecen como llovizna vaporosa la imposición, el fin y la falta".—F. Nietzsche'

Nuestra educación, si así se la puede llamar, se basa sobre cimientos totalmente falsos. Toda ella tiende a solucionar el problema de la subsistencia económica. Por más que se la quiera adornar con ligeros subterfugios, no podemos dejar de reconocer el estigma que la caracteriza como expresión de lo externo y lo agostado. El siglo veinte se define sólo por la profunda y trágica decadencia de cuanto el hombre gestó y modeló noble. La preeminencia de contiendas sociales de carácter político y material sobre toda otra manifestación espiritual; el avejentamiento de la juventud con falsos y prejuiciosos conceptos del futuro económico; la universidad como exponente de interesados y mediocres fines de una burocracia hastiada y anquilosada; por último, la irresponsabilidad histórica, la aparición del egoísmo biológico frente a un socialismo decadente; todos estos caracteres son los caracteres del siglo veinte'

La interpretación de los ideales de la Grecia heroica, la reactualización del sentido original de la cultura que ella nos diera, se ha iniciado en la forma de una búsqueda académica carente de vida, de energía y de todo aquello que los griegos consagraron. En la filosofía y en el arte y en la religión, no sólo no hay problemas, ni sutiles relaciones, ni soluciones vanidosas de hinchados concienzudos; hay allí, por el contrario, la plena expresión de la fuerza creadora de los pueblos, la prometeica empresa de desentrañar el sentido de la vida; hay allí la exigencia de libertad y grandeza para poder exclamar, junto con Beethoven: Vivir la vida, vivir mil veces la propia vida. Todo ello se ha abandonado en pro de un deseo adocorado, vulgar y populachero.

Hoy en día se necesita imperiosamente una casta de creadores que vivifique y active la sangre de nuestro siglo. La universidad debe y tiene que cambiar de orientación: debe tender hacia la creación de un tipo heroico. Mientras tanto, todo esfuerzo en otro sentido será vano e inoficioso.

Leer y escribir. — Así hablaba Zaratustra. — F. Nietzsche:

"Vosotros miráis arriba cuando aspiráis a elevaros. Yo, como estoy alto, miro abajo:

¿Quién de vosotros puede estar alto y reír al mismo tiempo?

El que escala altos montes, se ríe de todas las tragedias de la escena y de la vida"

**Adolfo Gómez Lasa.**  
(II Año Historia)